

Victor Manuel Elizondo

Antonio Reyes no es malo. No puede serlo. De la senda del bien lo apartaron las maldades de los otros.

Las injusticias de quienes se creen buenos. De los que, en lo profundo de la conciencia, esconden cuanto sentimiento criminal alienta.

El campesino Reyes es de espíritu generoso. Lo suyo, lo propiamente suyo es, también de quienes sufren. Su brazo está al servicio de los desgraciados. Su amor pertenece a aquellos que nada saben del amor.

Es Antonio Reyes un campesino. Modelo para los buenos hijos. Para los padres conscientes. Para los esposos sino tacha.

Hace el bien en el silencio de los senderos que se pierden, voluntarios en las montañas. Lleva la felicidad, allí, en donde más falta hace. Allí, a donde no llega sino la generosidad desinteresada.

Robó un día para ayudar a una pobre mujer que se desesperaba al ver hambrientos a sus hijos inocentes.

La Justicia injusta lo persigue. Por montes y por valles. Por senderos y por atajos. De día y de noche. Siempre temiendo encontrarlo de frente. Sabe que en Antonio Reyes palpita un corazón atrevido. A esa indiscutible valentía juzga peligroso acercarse.

Esa Justicia, ingrata, hace, de la existencia serena de aquel campesino, la vida inquieta de un bandolero perseguido.

Huye. Pero en su huida encuentra tiempo para robar a quien demasiado tiene. Para distribuir el fruto de su pillaje entre los muchos que todo lo necesitan.

Los humildes lo veneran. Los adinerados lo odian. Tanto cuanto temen sus audacias.

Se ha formado alrededor suyo una aureola de leyenda. Es el bienhechor misterioso que hasta la vida arriesga. Para llevar serenidad a los corazones saturados de angustia. De esa honda angustia que nace de la propia miseria.

Desprecia el engaño. La traición es, para él, la más mezquina de las actitudes humanas. El traidor, como reptil humano que es, merece ver aplastada la propia cabeza por los tacones enfurecidos de la víctima.

Su vida de bandolero, que es de sobresaltos y de temores, le deja tiempo para dedicar los mejores minutos al bien y al trabajo.

Desgraciadamente, si unos lo admiran por su arrojo y lo adoran por su bondad; otros, los menos, sienten hacia él un oído extremo, hijo del temor que les inspira.

Entre estos, Lico Arriola, alma de sabandija. Nada sabe hacer sino al amparo de las tinieblas, bajo la protección de los demás. Delata el sitio en el que, en una suave mañanita de diciembre, toda llena de frescura y de alegría, ha de encontrarse Toño Reyes dedicado al trabajo sereno y fecundo. La policía sorprende al bienhechor del mal. Lo hiere con herida mortal. Mientras tanto, allí cerca, el traidor, entre gestos y gesto de viperina estirpe, siente que su conciencia maligna se deshace de un peso aplastante. El de su miedo sin límites.

La autoridad, desorientada como siempre, no sabe explicarse por qué todo un pueblo llora, desconsolado, a un hombre tan perverso. No comprende las razones justas por las cuales el espíritu generoso del autor dice, de aquel bandido, que fue el mejor hombre del mundo.